

LUCÍA RIVERA

NADA ES LO QUE PARECE



LUCÍA RIVERA

NADA ES LO QUE PARECE


ESPASA

Primera edición: marzo de 2023

© Lucía Rivera Romero, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 3060-2023

ISBN: 978-84-670-6897-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Estefanía Ruíz	11
DÉJAME QUE TE CUENTE ALGO	13
1. EL PRIMER RESPIRO	15
2. LA RARA DEL COLEGIO	19
3. FAMILIA	31
4. EL VILLANO	39
5. ASTURIAS	47
6. A OSCURAS	57
7. LA PEOR PARTE DE MÍ	65
8. ALGO DE LUZ	73
9. ENDOCRINO	81
10. HOLA, LONDRES	87
11. MADRID	91
12. TROFEOS Y JUGUETES	97
13. MUDANZA	105
14. MIRADAS Y JUICIOS	111

ÍNDICE

15. ESPERA ANSIOSA	119
16. «KINKI»	125
17. VOLANDO EN EL TIEMPO	131
18. BRAZOS COMO ALFILERES	139
19. CUANDO TE CONOCÍ	143
20. ¿ME PERDONAS?	153
21. «ME ENCANTAN LAS NIÑAS QUE SE DROGAN»	157
22. EL PORTAZO	161
23. CÓMPLICES	165
24. LA BRUJA	173
25. DE GOLPE	177
26. ¿QUIÉN SOY?	181
27. BIENVENIDA	189
28. SALIENDO DEL HOYO	193
29. DECONSTRUCCIÓN	201
30. A SALVO	211

1

EL PRIMER RESPIRO

Nadie sabe por qué, pero todo empezó siendo un desastre. Más adelante veréis que a día de hoy continúo siéndolo, aunque... ¡benditos desastres! ¿Qué sería de mí sin ellos?

11 de diciembre de 1998. Gijón (Asturias). Cada persona que fue testigo de aquel momento me dice que fue a una hora diferente —nadie tuvo tiempo de mirar el reloj—, así que no puedo ser lo concreta que me gustaría. Aun así, se cree que nací alrededor de las seis de la tarde.

Lo cierto es que nuestro cerebro no nos permite recordar cómo llegamos a este mundo, y somos muchos los que nos complicamos y a veces lo hacemos de pie, incluso cuando tenemos la opción de nacer de cabeza y nos pasamos así gran parte de nuestra vida. Pero ahí contamos con la gran suerte de ser inofensivos y que nos lleven todo el día en brazos. En mi caso, conociéndome como me conozco, imagino que llegaba dispuesta a luchar, porque no nos queda otra. Lista y dispuesta a todo.

Resulta frustrante que tu familia recuerde tu nacimiento como un suceso traumático, nada que ver con lo que me cuentan las madres de mis amigas mientras me enseñan con orgullo esos

álbumes de fotos llenos de bebés sonrosados y preciosos. Todos coinciden en que, cuando nací, me parecía a Mafalda. Tenía melena, como si acabara de salir de la peluquería. Era un bebé grande: cuatro kilos entre pecho y espalda.

Y aquí llega la trama...

Nací en el Hospital Begoña, un centro privado situado en la Avenida de Pablo Iglesias, en el centro de Gijón. Supongo que el ginecólogo que quería darme la bienvenida se la había dado a muchos bebés aquella tarde, pero nadie imaginaba que la mía sería tan malvada.

Los que estéis familiarizados con los partos —como es mi caso a día de hoy—, sabréis que, cuando un bebé decide llegar de pie, lo mejor es recurrir a la cesárea para evitar roturas de huesos, sobre todo de clavículas. Sin embargo, el ginecólogo se complicó demasiado la vida y terminó rompiéndome los dos fémures.

Se me ponen los pelos de punta cuando mi madre cuenta que, mientras me estiraban para limpiarme, medirme y pesarme, me escuchaba dar alaridos de dolor. Ella misma fue la que avisó al equipo médico de que algo andaba mal:

—A mi hija le pasa algo...

Los médicos, muy poco acertados, dijeron que todo era normal.

Qué frustrante nacer gritando y que nadie sepa si se trata del llanto esperado de un recién nacido —una buena noticia— o si es producto del dolor. Cuando llegaron los resultados, que decían que estaba rota por dentro, me llevaron al Hospital de Cabueñes. Allí me salvaron la vida.

El enorme vínculo que tengo con mi abuela empezó en la ambulancia que me trasladó al hospital. Ella siempre cuenta que, antes de mi llegada, tenía un sueño recurrente y que, asustada, despertaba a mi abuelo diciéndole que le «faltaba» una niña. Ima-

gino que mi abuelo pensaría: «¿Acaso le parecen poco tres?». El caso es que, cuando nací, la pesadilla desapareció: la niña que le faltaba era yo y, al parecer, logré que la depresión y la claustrofobia que padecía también dejaran de atormentarla, y llegué a distraerla.

En la clínica privada no quedaban incubadoras disponibles, así que, para el traslado, me metieron en una cesta de mimbre llena de bolsas de agua caliente que mi abuela sujetaba mientras, para ayudarme a respirar, una enfermera me colocaba en la nariz una de esas peritas que se usan para sacar los mocos a los bebés. La rotura de los dos fémures había provocado una hemorragia interna y llegué a Cabueñes con una parada cardíaca.

Mientras tanto, en el otro escenario, a mi madre, que tenía veintidós años, la despertaban después de haberla sedado. Le habían dicho que, al parecer, su hija tenía «los huesos de cristal». Otro grandísimo desastre. Asustada y con el abdomen recién cosido, pidió el alta voluntaria para ir directamente al hospital. Cuando llegó, se encontró con que me estaban reanimando. Tal y como lo cuenta ella, yo decidí aferrarme a la vida. La pequeña Mafalda no estaba dispuesta a rendirse y se pasó un mes en una incubadora diminuta que, al parecer, llegó a provocarme claustrofobia debido a mi tamaño. Como a los bebés no se les puede escayolar, me colgaron las dos piernas hacia arriba y las sujetaron con dos botellines pequeños de agua llenos de arena haciendo de contrapeso.

Pero, como suele ocurrir, las malas noticias siempre vienen juntas. Mientras mi madre me observaba en aquella diminuta incubadora, sonó el teléfono. Lo cogió mi abuela. Llamaban del hospital de Oviedo para que me llevaran allí inmediatamente porque en la clínica privada habían cometido otro error, se les había «olvidado» hacerme la prueba del talón. Supongo que algún médico debió de verme en aquella incubadora con la len-

gua fuera y, lógicamente, pensó que, por mucho que me pareciera a Mafalda, no se trataba de ninguna mueca... Al final, los dos hospitales se pusieron en contacto y me hicieron la prueba del talón en Cabueñes. El médico no se confundía: hipotiroidismo congénito. Si me lo hubieran detectado solo nueve días después, todo habría sido muy diferente y no sé si estaría escribiendo este libro.

Lógicamente, me pusieron en tratamiento. La melena con la que llegué al mundo fue dejando de existir a medida que me pinchaban en la cabeza —a los bebés no se les puede inyectar nada en el cuerpo—. Un mes después me dieron el alta y pudieron llevarme a casa. Había perdido mucho peso y la famosa melena de Mafalda había desaparecido casi por completo.

Aquel salvaje ginecólogo había partido en dos uno de mis fémures y mi cuerpo estaba descompensado. Subir escaleras era un verdadero suplicio y, aunque la cosa fue mejorando con el paso del tiempo, ser modelo y andar con tacones siempre supuso un reto gigantesco para mí. Lo cierto es que resulta bastante cómico que las mismas piernas que tantos problemas me crearon de pequeña sean las que ahora me mantengan y me den de comer.

Sé que muchos piensan que nací entre algodones. Es verdad que habría sido maravilloso, pero ni mucho menos fue así. Cuando miro con perspectiva las hostias que me ha dado la vida, no puedo evitar pensar que una de las más grandes me la llevé en el momento de nacer. Y entonces me digo: «Estoy aquí de milagro, porque tenía que estar, y esto solo es un reto más del que aprender. Si salí de aquella, saldré de la que venga». Quizás por eso soy tan jodidamente exigente, inconformista y cabezona. Crecí pensando que estaba aquí para cumplir una misión, aunque aún estoy en la tarea de descubrir cuál es.